

La calle
Diario de un espectador
Isaac Stern
por miguel ángel granados chapa

Al concluir su magnífica interpretación del concierto para violín y orquesta de Beethoven, el domingo pasado en la sala Nezahualcóyotl, y antes de tocar a Bach como retribución al público que lo aplaudió sonora e insistentemente, Olivier Charlier dio a sus oyentes una mala noticia: Isaac Stern había muerto la noche anterior. La prensa dominical no había recogido esa información, que dolió a los asistentes al concierto de la Orquesta Filarmónica de la Universidad Nacional (entre ellos la doctora Helia Bravo, que murió cuatro días antes de cumplir cien años de edad), la mayor parte de los cuales conocían las virtudes musicales del violinista norteamericano nacido en Rusia de cuyo deceso se enteraban.

Mientras Olivier Charlier tocaba a Bach en su encore, recordamos dos discos del violinista muerto en la víspera. El primero en el tiempo es un long play en Stern toca como parte del formidable trío que él mismo propuso formar al pianista Eugene Istomin y al violoncelista Leonard Rose. Contiene el concierto de Schubert precisamente para esos instrumentos. La portada presenta un paisaje levemente neblinoso (aunque la opacidad de la luz proviene quizá de la textura del cuadro): se trata de un parque, en una de cuyas bancas un hombre medita, tal vez admirando el enorme árbol que tiene cerca, y cuyo follaje sirve de fondo para que en letras blancas aparezcan los prestigiosos nombres de los ejecutantes.

El segundo disco es mucho más moderno, un compacto en que Stern interpreta a Fritz Kreisler, y titulado Capricho vienés. En el comentario correspondiente, Stern recuerda una tarde en que tocó ante Kreisler y compartió con él una velada gastronómica y musical en Filadelfia. Dice Stern que "desde 1920, todos los violinistas y la mayor parte de los espectadores en las salas de concierto de todo el mundo han sido encantados, hechizados y seducidos por la belleza intemporal y por la gracia de las composiciones de Kreisler".

Algo semejante puede decirse de las interpretaciones de Stern, si bien la calidad de sus propias ejecuciones no es el dato principal de su presencia en la música. Su papel central fue el magisterio y la influencia que ejerció en músicos tan notables como Itzhac Perlman, Pinchas Zukerman y Yo Yo Ma, así como el impulso que dio al Carnegie Hall, la legendaria sala de conciertos en el centro de Nueva York.

Stern nació en 1920 en la Rusia que transitaba a ser la Unión Soviética,

transformación que los padres de Isaac prefirieron no atestiguar, por lo que cuando él tenía diez meses de edad emigraron a Nueva York. En su nuevo destino la música apareció pronto en su horizonte. El interés por el piano que sus padres quisieron hacer prosperar, desde sus seis años, fue pronto sustituido por que él mismo profesó por el violín. Tenía apenas 16 años cuando se hizo conocer en una muy escuchada transmisión (fue difundida por cadena nacional) del concierto para violín de Brahms, con la Orquesta Sinfónica de San Francisco dirigida por Pierre Monteux.

Aunque tuvo una laboriosa trayectoria como solista, que grabó más de cien discos y ofreció innumerables conciertos (fueron 200 sólo en el Carnegie Hall), Stern se dio el lujo (y el tiempo) de ser un promotor cultural. Gracias a sus habilidades en esa materia evitó que fuera demolida la sala fundada por el industrial y filántropo Andre Carnegie. Consiguió también que la alcaldía de Nueva York adquiriera el inmueble y lo diera en cómoda arrendamiento a una empresa no lucrativa que presidió el propio Stern. Creó también la Fundación Cultural EU-Israel, que financió los estudios de quienes luego serían notables, como Perlman y Zuckerman. Asimismo convenció a grandes maestros que acogieran bajo su enseñanza directa a jóvenes prometedores. De ese modo Yo Yo Ma aprendió con Rose.